PINTURA DEL HOMBRE.

El hombre se ofrece con tan diferentes aspectos, y reune en sí tantas contrariedades, que no ha sido posible dexar de manifestarse, ya una criatura toda celeste, y ya un ente todo animal. En quanto á su alma, pertenece á Dios del modo mas glorioso, é íntimo: en quanto á su cuerpo, participa de la nada del modo mas humilde y mas sensible. En el alma obstenta un dia el mas luminoso, y en el cuerpo una noche que ciega con sus sombras.

De estos diversos puntos de vista resulta, que el hombre segun Lucrecio, no es el mismo que el de Descartes, ni el hombre de Espinosa, el de Pascal; y que si queremos definirnos segun nuestras qualidades, y nuestras imperfecciones, será preciso recurrir á la Religion para saber precisamente qué somos nosotros.

El Cristianismo que (no obstante los impetuosos uracanes de la incredulidad) ha sabido siempre regirse en un justo equilibrio, nos muestra al hombre sobre la tierra, y en el seno de Dios, como en un doble centro, del qual todos hemos salido, y al que todos hemos de volver.

Las miradas que todo niño pone en el cielo desde el momento en que nace, y las lágrimas con que riega su rostro, prueban del modo mas expresivo, que su orígen es á un mismo tiempo carnal y divino. Si su alma (semejante á una flor, que no se abre sino poco á poco) no se desenvuelve sino insensiblemente, es porque está reprimida en un cuerpo perezoso en sus progresos.

Llega el instante en que la razon se trasparenta, y entonces ya es una centella que produce un incendio, ó una luz clara y benéfica, segun el modo como se ha gobernado, y segun los objetos en que

se ha fixado. Hablo aqui de las pasiones, de los sentidos, y de la educacion, que son otras tantas influencias que obran sobre el hombre, con mas ó menos actividad. Si las cosas sensibles le dominan, se hace infausto juguete de quanto le rodea; y si al contrario, le gobiernan las cosas espirituales, es rey de sí mismo, y su razon brilla con todo su explendor. Entonces tiene siempre presente á Dios; y todas las criaturas no son para sus ojos sino bienes caducos, de los que se sirve de un modo como si no usase de ellos.

El modo de educar á los hombres, el clima donde nacen, las impresiones que reciben, los objetos que los circundan; son otras tantas formas de las quales toman diversas figuras; y asi el hombre nacido en las Indias, no es el hombre de la Europa; y el hombre educado por Aristóteles, no es el de Newton; la esencia es la misma, pero

los matices son tan diferentes, que en ellos se echa de ver un modo absolutamente diverso de pensar y concebir.

De aquí resulta que debemos mirar como efecto de una providencia muy particular, la dicha de nacer baxo de un gobierno que rectifica nuestros pensamientos; y en el regazo de una familia que nos subministra principios y reglas de cordura.

Lo que hay de cierto es, que todo hombre en qualquiera reyno ó territorio que nazca, es todo de Dios, del próximo y de su patria; y que debe solicitar el instruirse en la verdad, para no alistarse entre los sequaces de una religion falsa, y para librarse de la supersticion. A esto se añade que si es un simple ciudadano, debe hacer quanto esté de su parte, en ser útil á la sociedad con sus sudores y talentos; y si es de clase mas elevada debe pagar al público un tributo, ó con su aplicacion, ó con su beneficen-

cia, ó con su valor. El que le paga de estos tres modos, es un hombre verdaderamente grande, y merece que se levanten estatuas en gloria de su nombre.

El hombre vive casi siempre en un país enemigo, viviendo consigo mismo. La sangre que hierve, la imaginacion que lo extravía, los deseos que se combaten unos á otros, las pasiones que se sublevan, forman en él una guerra intestina, cuyas conseqüencias suelen ser de ordinario las mas funestas. Es la vida una lucha continua contra sí mismo, en aquel que quiere gobernarse con cordura, porque hay dos hombres dentro de cada uno de nosotros; el uno terrestre, y el otro espiritual, que continuamente estan en batalla, y que nunca estan de acuerdo, sino quando una razon ilustrada, y un corazon recto, sirven de timon y piloto. Y de aqui es que el hombre se hace digno de admiracion, ú de lástima, segun el modo como obra.

Sería nunca acabar el querer circunstanciar las incongruencias y contradicciones del hombre. Su alma, su entendimiento, su razon y su voluntad, aunque inmateriales, son muy semejantes á los quatro elementos, y de su continuo choque resultan tempestades y volcanes, que desfiguran la imágen del Criador; porque quanto mas se exâmina el hombre en sus potencias, se le halla tan lleno de magestad y grandeza, que es preciso necesariamente creerle emanacion de una inteligencia suprema.

Quando el hombre refrena sus pasiones, y no les permite sino una libertad racional, merece los obsequios que se deben á la virtud; y entonces se da á conocer por verdadero señor de los animales. Los diferentes estados de vida que se nos ofrecen, quando la razon puede determinar, son otros tantos medios para llegar á la perfeccion; pero todo consiste en hacer buena

eleccion; porque de otro modo nos haremos monstruos de la sociedad, y turbaremos la harmonía que debe conservarse entre criaturas racionales. Pero el hombre casi siempre seducido por los objetos sensibles, se engaña por lo comun sobre su vocacion; y ve ahí de dónde nace el desconcierto de tantas pasiones diversas, que le ponen mal consigo mismo, turban las familias, agitan los imperios, y obscurecen las virtudes.

De aqui resulta que raras veces vemos al hombre en un mismo punto de vista. Creemos que es él, y no vemos sino un cúmulo de extravagancias, gustos y opiniones, que ha tomado de los Libros que lee, y de las personas que freqüenta. Los estudios mismos, las mas veces, no sirven sino para desnaturalizarlo, despojándolo de quanto le era propio, formando de él un personage quimérico.

S. Agustin decia, que el hombre

considerado en su esencia y en todas sus relaciones es el enigma mas dificil de interpretar. En efecto, casi siempre desemejante de sí mismo, se huye del pincél quando se intenta sacar su retrato. Por la dependencia en que está de un cuerpo carnal y caduco, se agitan sus pensamientos como su sangre, y participan de su fluidéz. Solo Dios podia unir tan íntimamente una alma indivisible con una substancia compuesta toda de partes, un espíritu inmortal con una masa de carne, destinada á reducirse en polvo, y por decirlo de una vez, pensamientos con sensaciones, ideas con fibras, y afectos con nervios.

Basta pues internarnos en nosotros mismos, y considerarnos para ver un prodigio que cada dia se renueva, pero despues no hallaremos sino un abismo espantoso, si Dios no ocupa el primer lugar en él. Cada uno de nosotros está obligado á erigirle un trono en su pro-

pio corazon, porque de otro modo el hombre se hace un caos, en el que ya no hay ni órden ni simetria.

El alma circundada de los sentidos, es como un Rey rodeado de sus guardias; pero si alguna de estas centinelas se dexa vencer, y no está atenta á rechazar los vicios que quieren usurpar la soberanía, y hacerse dueños de la fortaleza, el hombre entonces experimenta en sí la mas cruel anarquía.

De aqui nace que haya tantos materialistas, y tantas personas corrompidas. Se solicita destruir la semilla de la inmortalidad, y el alma viene á ser lo que puede, con tal que se dexe llevar del torrente de las pasiones. Emplee ella quanto quisiere el grito de la conciencia, que es su fiel amonestador, que la pasion le arrastra tras de sí, y la hace parecer una quimera á esta substancia intelectual, la que con justo título debe llamarse el orígen de nuestros pensamientos, de nuestros

raciocinios, y de nuestros afectos.

Entonces delira el hombre quando atribuye á una masa inerme, como su cuerpo, unas operaciones tan maravillosas, teniendo por causa suya á la acritud de la bilis, ó á la agilidad de la sangre: porque solo un sér espiritual es el que puede producir ideas espirituales. Unanse todas las partes mas sutiles del ayre y del fuego; agítense de quantos modos se quiera, y jamas de todas ellas se podrá formar un silogismo. La llama por radiante y activa que sea, no puede dar de sí ni un pensamiento, ni un raciocinio. Ahora bien, ¿cómo el pensamiento que en un cerrar y abrir de ojos da vuelta á todo el mundo, y sujeta á sus observaciones todo el universo; que con un vuelo el mas rápido se eleva hasta el Sér Supremo, que no tiene situacion, figura ni color, que manda imperiosamente á todo mi cuerpo, y que se hace obedecer, podrá decirse que es una

parte de este mismo cuerpo?

¿Le sería pues á Dios mas dificil crear espíritus, que la materia? ¿y porqué siendo Dios por esencia Omnipotente no podria criar entes puramente intelectuales? ¿y porqué tambien, si el pensamiento es realmente espiritual, el alma que le produce no ha de ser igualmente espiritual? Aqui viene adequadamente aquel pasage de Horacio: *Fortes creantur fortibus, et bonis, nec imbellem feroces progenerant aquilæ columbant* (1).

Luego era preciso que el hombre, para que se cumpliese la idea del Soberano Criador, fuese á un mismo tiempo terrestre y espiritual. Sin cuerpo no podia gozar del mundo material, que habia de ser su habitacion; y sin alma no habria podido conocer á Dios, ni llegar á

(1) De un padre virtuoso nacen hijos virtuosos; y la águila guerrera no engendra timida paloma.

poseerle. Ahora pues, este maravilloso compuesto está á un mismo tiempo subordinado á los elementos, y es superior al universo. El es el que aplica las ciencias á innumerables cosas agradables y útiles, el que se sirve de ellas con la mayor felicidad para rectificar sus ideas, para ampliar su espíritu, y para llegar hasta el conocimiento del Sér Supremo.

La tierra sin el hombre no es mas que un vasto desierto; digámoslo mejor, es un sepulcro: necesitaba la tierra de sus manos para ser cultivada, de su sociedad para ser habitada; de modo, que por esta razon le mira como á su señor y soberano; y atenta en reconocer su dominio y sus cuidados, segun el curso de los tiempos, ya le ofrece las mas hermosas flores, y ya los frutos mas delicados y excelentes. Sin embargo, el mal está en que este hombre, á quien la tierra obedece como á su rey, dexa por

donde quiera que pasa vestigios de sus errores y delitos ; y no hay pais alguno que no se vea bañado con la sangre que ha derramado el ódio, el fanatismo, el amor impuro, ó la ambicion. Y asi no se han dexado ver las virtudes en el mundo sino como aquellos relámpagos que se perciben en el vasto seno de las tempestades.

¿Pero cómo no se ha de exâgerar la perversidad del hombre, si se excede á quanto se puede imaginar? El ocio mismo le ha conducido á mayores excesos que su malicia. Las ocasiones de hacer mal se multiplican en aquel hombre que en nada se emplea ; y si se reprehende á las mugeres el ser habladoras ó murmuradoras, esto por lo comun proviene de no estar ocupadas. No ha sido mi intento pintar al hombre tal qual es, pero he dicho bastante para dar de él una justa idea, y para darle á entender á él mismo, que es un todo quando se une á

Dios, y que es nada quando se aparta de su Criador.

La razon sin la Religion es semejante á aquellas exhalaciones luminosas, que se forman en lo profundo de la noche, no dando luz sino para conducir á algun precipicio. Este siglo nos ofrece los mas tristes exemplos, pues no obstante el talento y nociones que le ilustran, parece que se olvida del mismo Dios, por seguir sus vanos y quiméricos fanatismos. Todo el mundo deberia naturalmente sublevarse contra tan horroroso absurdo; pero el nombre de Filósofo, atribuido á personas que ponen en problema la inmortalidad del alma, y la exîstencia de Dios, seduce á la multitud, y hace que se les considere como oráculos infalibles á los Sofistas mas perniciosos.

Entre el hombre dentro de sí mismo, y pregunte á su alma, á su corazon, á su conciencia y á todas sus facultades interiores, y hallará

en ellas los argumentos mas fuertes en favor de la Religion; pero para hacer bien esta operacion, es preciso aprisionar, digámoslo asi, los sentidos, y dominar las pasiones, porque son unos embusteros, é impostores, que preconizan el materialismo, y exâgeran el amor á los placeres.

¡Qué miseria tan grande es tener el hombre dentro de sí mismo poder para elevarse hasta el trono del mismo Dios, conversar con él, y hacerse inmortal, ya sea cultivando las ciencias, ya sea distinguiéndose con buenas obras, y sofocar semillas tan preciosas! Y con todo esto el mayor número de los hombres, no pone cuidado alguno en su grandeza, apartando su corazon de ella, enagenados por objetos caducos, y degradando su entendimiento, ocupándolo en cosas inútiles. Las ciencias mismas, las mas sublímes, no son dignas de nuestra alma, si no se dirigen á Dios su principio y su fin.

Todos estos males provienen porque el hombre no conoce bastante la excelencia de su alma, porque se envanece con lo que verdaderamente deberia humillarle, pues desde su nacimiento se ve afeado con la mancha funesta de la culpa. Sola la muerte puede desengañarle: en el instante de espirar conoce perfectamente la necesidad que tiene de elevarse sobre los objetos sensibles: pero la muerte no nos avisa de nuestros desaciertos, sino quando ya no hay tiempo de enmendarlos. Nosotros creemos estar todavia en la cuna, y ya está abierto el sepulcro á donde imprevistamente descendemos quando formamos proyectos. No podemos concebir quán rápidos son los instantes que se pasan entre las dos extremidades de nuestro nacimiento y de nuestro fin. Yo los comparo á un relámpago que sale del seno de una nube, é inmediatamente vuelve á entrar en ella, por lo que aparece á nuestra vista;

de modo, que con toda verdad puede decirse, que el hombre nace y muere en el espacio de un dia. Su nacimiento es como el crepúsculo matutino, su infancia la aurora, su virilidad el medio dia, y su muerte la tarde. Entonces todos los objetos realmente desaparecen para él, y una noche eterna lo envuelve en sus horrores, si no se ha ilustrado con la luz increada, que es la bienaventuranza de los justos.

Este es el grande objeto que debe mirar siempre el hombre. Si quiere ser lo que es preciso que sea, es necesario que tenga siempre á la vista la muerte, en cuyas manos está la urna fatal, donde todas las generaciones están convertidas en ceniza. Este es nuestro espectáculo quando vivimos como verdaderos Filósofos Cristianos. Y asi el hombre acá en el mundo, no es mas que una sombra que pasa, y para formar de él una alta idea, es preciso contemplarle en la eternidad.

Alli se manifiesta mas hermoso que el mismo firmamento, al ver que en un cerrar y abrir de ojos, pasa desde esta tierra al seno de Dios, y privado de una vida temporal y caduca, se hace partícipe de una vida divina y eterna.

¿Cómo no ha de causar asombro que este hombre, nacido para cosas tan grandes, se interese tan poco en comprehenderlas; y que quando se le espera para identificarse con Dios en el otro mundo, solicita solo incorporarse con los objetos mas viles y miserables?

Los Filósofos no han considerado bien al hombre, como convenia haberlo hecho, en aquel instante en que ya no exîste en la tierra, sino como nada, para hacerse un todo en la eternidad. Todas sus consideraciones se quedaron á la márgen del sepulcro, y el alma que, al parecer, debia arrebatar sus pensamientos, despues de haberse desatado de las ligaduras que la tenian

aprisionada, para ellos, se echa de ver que ya no exîstia, ni tenia duracion, supuesto que ya no pensaban en ella.

Bien sé que el horror del sepulcro es un caos impenetrable para el hombre, mientras que nos marchitamos en este valle de lágrimas. Y sé tambien, que no obstante todo lo que nos enseña la fé sobre este artículo, quedaremos absolutamente extáticos quando entremos en la eternidad; pero es muy conveniente que un Filósofo enamorado de la verdad, considere al alma aun en aquel abismo donde se anega la razon, lo que comprehenderemos plenamente quando lo viéremos.

De qualquiera persona que veamos pasar de éste al otro mundo, debemos creer que todas las facultades de su espíritu adquiéren en aquel instante una actividad asombrosa, y que de un modo inefable le hace sentir su eterna felicidad ó desventura.

Pasa el hombre á la otra vida, del propio modo que vino á ésta; esto es, sin saber á dónde va. Pero quando ya ha perdido la perspectiva de este mundo, á la que se habia acostumbrado, se ofrece á su vista otra tan diferente de la que antes vió, que no puede dexar de admirarse.

Por mas que nos apliquemos á las ciencias, y por medio de la Religion nos elevemos hasta el Sér increado, esta vida presente, propiamente hablando, no es mas que la vida del cuerpo, no menos que esto nos tiranizan los sentidos, y nuestras urgencias, en vez de que la vida venidera es la vida del alma. Entonces se explayará como en su centro; ya no se verá impedida de aquella masa de carne, que retardaba sus operaciones, y la confundia con los objetos terrenos, hasta el extremo de sorprehenderla, sino tenia cuidado de refrenar las pasiones.

Luego para comprehender bien lo que es el hombre, es preciso unir juntamente lo presente con lo venidero, la tierra y el cielo, porque á éste y á aquella pertenece; de otro modo si no le seguimos mas allá del sepulcro, no veremos sino su sombra. Alli es donde se le espera, para que conozca su grandeza, y donde se verá como un nuevo fenix resucitar de sus cenizas, bello y luminoso; y entonces entenderá que no habia nacido para vegetar, sino para vivir en el mismo Sér Eterno.

Si el hombre estuviera atento á no considerarse en el mundo, sino por lo que ha de ser despues de su muerte, él se aceleraria en completar su exîstencia, con el fervor de sus deseos; y estimaria que continuamente se le hablase de aquel instante felíz, en que ha de ser despojado de esta vida miserable, que retarda su gloria y felicidad.

La muerte, á la que se mira

con tanta aversion, es, sin embargo, para el hombre el instante mas felíz y mas glorioso, si ha cumplido sus obligaciones, segun las leyes que prescribe la Religion. Yo me figuro al hombre de bien en el momento en que muere, semejante al sol, que despues de haber estado cubierto de una nube densa, finalmente con el vigor de sus rayos la disipa, y se manifiesta al mundo mas luminoso. Asi es, no hay duda, supuesto que las urgencias de la vida, lo mismo que las pasiones, son otras tantas nubes que nos obscurecen, y á nosotros mismos nos privan el ver nuestra grandeza y nuestras luminosas interiores facultades.

No me admira el oir que la muerte era una continua meditacion de los Cristianos Filósofos. Quando se contempla en su verdadero punto de vista, no ofrece al hombre sino grandeza y consolacion. Pero como nosotros no juz-

gamos de ella, sino por los horrores de la sepultura, esto es, de todo lo que se refiere á nuestro cuerpo, de aqui proviene que la miramos como el espectáculo mas espantoso. Esta consideracion fué la que estimuló á decir á S. Cárlos Borromeo, que si la muerte era enemiga del cuerpo, era la mas estrecha amiga de la alma; y que entiende poco sus verdaderos intereses aquel que no la desea.

¿Deberemos aborrecer nosotros un momento que nos colmará de gloria y felicidad? El cuerpo es un edificio frágil que necesariamente ha de arruinarse, para que el alma vuelva á su centro. El es como aquellos andamios de los que se sirven los Arquitectos para apoyo de su fábrica, que es preciso quitarlos despues que la obra ha llegado á su perfeccion.

Es indubitable que la conciencia nos reprehende, quando con tanto extremo tememos la muerte.

Es cierto que es digna de temerse á causa de los impenetrables juicios de Dios; pero Dios es la misma misericordia, que no quiere la muerte del pecador, y que nos asegura que olvidará todas nuestras iniquidades, aunque sean mas en número que las arenas del mar, quando nosotros absolutamente y con sinceridad queramos convertirnos á él.

No es la muerte para los ojos de la fé destruccion del hombre, sino antes bien una segunda creacion mucho mas portentosa que la primera; porque en vez de las miserias que nos han cercado desde el instante de nuestro nacimiento, al morir hallaremos consolaciones y bienes, que ojos mortales no han visto, y ni puede actualmente comprehender el entendimiento humano.